

esta prolija disertación, receloso como lo estoy de fatigaros por demás al prestarle oído. Termino, pues, confiando en vuestra benevolencia y rogándoos que perdonéis los muchos errores en que sin duda he de haber incurrido. Acaso penséis, porque en horas no sé si de acerba y depresora melancolía ó de saludable y austero desengaño lo pienso yo también, que al impugnar por pesimistas algunas sentencias de Cánovas, yerro yo y él acierta. Acaso mi sobrado apego á las cosas terrenales me mueve á creerlas menos irremediabilmente perversas. Acaso confío yo más de lo justo en el progreso indefinido y en los bienes que ha de traer por obra de la humana condición radicalmente viciada por el pecado. Y acaso mi espíritu, algo gentílico y más jovial que saturnino, se resista á aceptar que este mundo sea solo y deba siempre ser cárcel baja y obscura, valle de lágrimas y molestísimo lugar de tránsito, de expiación y de prueba.

Perdonadme, no obstante, como os lo he rogado, y justificad vuestro perdón por el convencimiento que habéis de tener de la buena intención que me inspira todo cuanto aquí he dicho.



CONSIDERACIONES SOBRE "EL QUIJOTE," (1)

SEÑOR:

La Real Academia Española, deseosa de dar á su voz en la presente solemnidad todo el alcance y la significación que le consienten sus gloriosos y dilatados anales, encargó por unánime acuerdo de todos sus miembros, al insigne literato, eminente crítico y laborioso académico, dechado de prosistas españoles D. Juan Valera y Alcalá Galiano, la expresión de los hondos y vivos sentimientos que palpitan en su corazón al celebrar, juntamente con todo lo que encierra de grande y noble la Patria, el aniversario tres veces secular de la aparición del *Quijote* en el materno solar de las hidalgas letras castellanas.

(1) Obra póstuma.

Discurso escrito por encargo de la Real Academia Española para conmemorar el tercer centenario de la publicación de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, leído por el Excelentísimo Sr. D. Alejandro Pidal y Mon en la sesión celebrada e día 8 de Mayo de 1905, presidida por S. M. el Rey.

Pocos ó casi ninguno en realidad, encerraba en su fecundo seno la Academia con más títulos y mayor significación literaria para exponer en acto tan solemne, el amor que anega todo pecho español y el entusiasmo en que se desborda al solo nombre de aquel libro en que aparece como cifrado todo el sublime contenido de la gloriosa civilización española, ostentado al aire libre y á la luz en la más amena, risueña y graciosa narración que ha alegrado jamás los oídos del linaje humano en las tristezas de su peregrinación sobre la tierra, y que más que en frágil y deleznable papel, parece que trazó en mármoles y en bronces imperecederos la esforzada diestra del soldado y del poeta español para que no cesase de sonar perpetuamente en los siglos la carcajada universal, tan espontánea como imperiosa, con que comenta la humanidad la lectura de sus páginas inmortales.

Era, como es á todos notorio, D. Juan Valera un espíritu libre y original, adiestrado en toda clásica disciplina, identificado con el genio literario español en sus formas más acendradas y castizas, abierto á todo viento de inspiración tanto nacional como extranjera y dotado de aquella difícil facilidad en la expresión serena y llana de las más trascendentales doctrinas, que se iluminaban, al pasar por los bien cortados puntos de su pluma, con la clara y apacible luz meridional que limpia sin esfuerzo y

como sin querer el ambiente de todo vago y malo linaje de brumas y de nieblas, sin que falte por eso en la oportuna sazón, al lado de la luminosa transparencia castellana, el cambiante que esmalta y colora con uno y otro matiz los verjeles pintorescos del Norte, ni el toque de vivísima lumbre con que dora y como que incendia el africano sol las feraces campiñas andaluzas.

Su saber y su erudición atesorados en su prodigiosa memoria, su vasta cultura universal acrecida en viajes y lecturas de todas las literaturas humanas, su talento crítico, sagaz, profundo y observador, su carácter modesto, pero independiente y un patriotismo tan ajeno á jactancias irreflexivas como á abdicaciones injustificadas, le hacían apto como quien más para trabajos como el presente, como lo pregona á gritos más que á voces con su reconocido valer el estudio con que enriqueció los fastos de esta Academia en su celebrado discurso sobre el *Quijote*.

Hay sucesos, Señor, misteriosamente casuales en la existencia, que impresionan vivamente la más distraída atención, llamándola á meditaciones profundas: Valera, amantísimo de la Real Academia Española, acogió su ruego con humildad y con dolor. La humildad le llevó á obedecer ciegamente. El dolor acrisoló su obediencia, porque temía en su sincera modestia que los achaques y la edad no le

permitieran alzarse á toda la altura de su empeño. Temor infundado como veréis, porque el Homero de nuestra crítica, si no pudo abrir sus ojos corporales, cerrados ya para siempre al trabajo y la luz, abrió los ojos de su espíritu, y como fluyen aguas cristalinas los ocultos veneros en las montañas, fluyeron de su alma y de su corazón torrentes de prosa brillantada y castiza, arrastrando en su generoso raudal sargas de corales y perlas que recogía con trabajo sobre el papel la diestra acelerada y tardía de su asombrado secretario.

El discurso estaba ya para terminar. Apenas faltaba nada para darle punto, cuando la muerte le puso el sello de la inmortalidad, ahogando en la propia garganta del cisne los últimos ecos de su canto, sin duda para que quedase sin concluir como casi todo lo grande sobre la tierra.

Si la voz de Valera vivo, en la presente ocasión, hubiera sido el *Himno* triunfal del *Quijote* entonado por el único casi superviviente de aquella generación de literatos insignes que immortalizaron los anales literarios del reinado de D.^a Isabel II, condensando la admiración tradicional de las edades pasadas al *Don Quijote*, la voz de Valera muerto es el *testamento* literario del representante por estudio y por tradición de la España antigua y por origen, independencia y emancipación de la España moderna, que en los dinteles mismos de la

Eternidad y reclinado ya sobre los bordes de su tumba trasmite á la España del porvenir el secreto de la belleza literaria y artística, enseñándole el misterioso conjuro con que las Gracias de la antigüedad, evocadas por el Genio del Renacimiento, descendieron risueñas sobre la Mancha, para vestir su escultórica desnudez con las armas tomadas de orín de los bisabuelos de Don Quijote, con el sayo y las alforjas de Sancho, con el dengue asturiano de Maritornes y hasta con la prosaica bacía del barbero, convertida al prodigioso toque de su festivo talismán, en el propio yelmo de Mambrino.

Escuchemos, pues, atentos y respetuosos su voz, que resuena ya como bajada de lo alto, sobre lo que constituye hoy por hoy el máspreciado blasón de nuestro abolengo literario, forjado por la diestra del héroe y del Genio español á quien llamamos *El Manco de Lepanto*, por haber sacrificado una mano en los altares de la Patria en la más alta ocasión que vieron y que verán los siglos, y donde se preservó incólume por un prodigio de la Providencia la otra, sin duda para que nos señalase con ambas las dos sendas de la inmortalidad que conducen al templo de la gloria, donde tan alto dejó escrito con su propia sangre y su luz el inmarcesible nombre de España.



Esta Real Academia, en su junta ordinaria del día 12 de Enero del presente año, acordó celebrar una sesión pública y solemne para conmemorar el tercer centenario de la publicación del *Quijote*, honrándome con el encargo de escribir el discurso que en alabanza del mencionado libro en dicha sesión debe leerse.

Lisonjeado yo con tal encargo y lleno de gratitud por la confianza que en mí pusisteis entonces, no quise, ni supe excusarme de cumplirle, aunque reconozco harto bien cuán difícil es salir airoso del empeño y cuán débiles son mis fuerzas, abatidas y menguadas por la vejez, para dar cima á tanta empresa con algo que satisfaga vuestra aspiración y que no sea indigno del alto asunto que ha de tratarse.

Declaro, sin afectada modestia, que dudó mucho de mi aptitud, y creo que la de cualquiera otro, si sólo se atendiese al saber y al entendimiento, valdría mucho más que la mía. En lo único que no

cedo á nadie, y yo mismo me pongo atrevidamente entre los primeros, es en el entusiasmo que la obra de Miguel de Cervantes me inspira, y en mi arraigado convencimiento de la importancia y valor de dicha obra, por la que merece con justicia su autor el general aplauso de los entendidos y el título indiscutible y persistente de Príncipe de los ingenios españoles.

No he de tratar aquí de probar la validez de este título. Quien le otorga no es el engrèvement patriótico, ni es el amor propio nacional, ni la moda, ni el pasajero favor del público en un momento dado. El *Quijote*, desde el día en que se publicó, obtuvo la aprobación y el aplauso de las gentes, deleitó y encantó á sus lectores, y no sólo agradó en España y en la hermosa lengua en que fué escrito, sino también en las demás naciones y en las diversas lenguas en que fué traducido. Lejos de decaer su buena fama, lejos de marchitarse con el andar del tiempo el laurel que mereció su autor, bien puede asegurarse que reverdece más cada día y se muestra más frondoso, florido y lozano, dilatándose por donde quiera.

No es sólo en España donde coronamos á Cervantes. No somos nosotros solos, sino también las personas ilustradas de los demás pueblos, los que le colocan al nivel de los más grandes poetas que ha habido en el mundo, entendido el vocablo poe-

ta en su sentido más amplio. En Italia le colocan al nivel de Dante, al nivel de Shakespeare en Inglaterra y al nivel de Goethe en Alemania.

Nosotros, aunque se nos tilde de sobrada soberbia, cuando no por el talento reflexivo, nos aventuramos á colocarle más alto por su inspiración espontánea é ingénuo. Tal es el concepto, espontáneo é ingénuo también, que del *Quijote* y de su autor formamos en el día sus compatriotas. Clara manifestación de este concepto es la fiesta unánime y el jubiloso triunfo con que recordamos la aparición de la inmortal novela.

Ni por un instante, á pesar de mi frialdad crítica y de mi propensión al escepticismo, he vacilado yo en tener por fundada la razón suficiente del homenaje, por grande que sea, que á Miguel de Cervantes tributamos hoy. No le creo nacido de arrogante jactancia nacional, sino de convencimiento claro y seguro. Esto no se opone, con todo, no á que nos empeñemos en probar lo que creemos por fé invencible y sin necesidad de prueba, sino á que investiguemos, hasta donde podamos penetrar razonando, el fundamento de nuestra admiración, incontrastable y preconcebida.

¿Por qué un libro de mero pasatiempo, una sátira literaria, una parodia, una obra de burlas, ha de descollar sobre toda la labor intelectual, así de la nación española, como de otras inteligentes y

cultas naciones europeas, no en época determinada, sino durante siglos?

Como quiera que se explique, y sean mayores ó menores el influjo y la importancia de la cultura de España, sobre todo desde fines del siglo xv hasta fines del siglo xvii, es lo cierto que á fines del siglo xvii decayó esta cultura, así como también la fuerza expansiva, el poder político y el vigor imperioso del pueblo que la había difundido por el mundo. Tal vez el odio á nuestro predominio pasado y la vanidad de otros pueblos que en el predominio nos sucedían, concurren entonces á desconocer nuestro merecimiento, á rebajar nuestra gloria, á menoscabar y hasta negar las facultades civilizadoras de nuestra raza. Se calificó nuestro pensamiento de estéril, de inútil ó nocivo al progreso, de estorbo de la humanidad en su marcha ascendente hacia más luminosas regiones de libertad y de ventura; y singularmente en ciencias y en letras, se nos motejó de extraviados y de faltos de crítica, de orden y de buen gusto. Llegó á sostenerse que sólo habíamos tenido un libro bueno: el que se burlaba de los demás. Este libro fué el *Quijote*. Tan abrumados llegaron á estar los españoles bajo el peso de tanto vituperio, que no pocos aceptaron con humildad y casi sin protesta, y tomaron por justa la cruel declaración de nuestra inferioridad mental, contra la cual sólo preva-

leceía el *Quijote*, y esto porque venía á ratificar y á corroborar la sentencia.

¿Pero por qué se salvaba el *Quijote* del general hundimiento? Creerle merecido y renegar de nuestra casta, no son cualidades positivas que basten á salvar un libro del acerbo desprecio que sobre los demás se fulmina.

A fin de justificar la benévola excepción hecha por los extranjeros del *Quijote*, y por nosotros aceptada, surgieron críticos y comentadores, que se desvelaron para hacer ver que la verbosidad, la carencia de medida y de juicio y la infracción de todas las reglas no se advertían en el *Quijote*, cuyo autor, en dicho libro al menos, seguía las reglas y las observaba escrupulosamente, después de haberlas estudiado con muy laudable aplicación, como las estudió, por ejemplo, Homero, el cual, según sostiene Hermosilla, asistió á la cátedra de Retórica y Poética de un colegio ó universidad que en su tiempo había en Esmirna, cátedra que el mismo Homero hubo de ocupar más tarde.

El análisis crítico del *Quijote*, hecho por los preceptistas neoclásicos del siglo xviii, no dió, con todo, el más brillante resultado; no logró justificar, por la estricta observancia de las reglas de Aristóteles, Horacio, Vida y Boileau, que la obra de Miguel de Cervantes era digna del más alto lugar entre las creaciones del ingenio humano.

Aquellas mismas reglas que habían de servir, y que sirvieron, para tasar el mérito del *Quijote* y para medir sus grados de excelencia, sólo podían aplicarse por analogía, imaginando que el *Quijote* era una epopeya ó algo á la epopeya muy parecido, y no otro diverso género de composición para el cual dichas reglas no habían sido dictadas.

Por otra parte, ni los autores de las ya mencionadas artes poéticas, ni sus más severos comentaristas é intérpretes, pusieron nunca el valer extraordinario y positivo de una fábula ó narración poética, en su conformidad completa con la Gramática, con la Retórica y con todas las artes de la palabra escrita ó hablada. Tal conformidad podrá valer, y vale sin duda, para calificar un libro de muy correcto, culto y elegante, para que se le considere limpio de faltas, y para que su autor sea estimado como raro modelo de maestría; pero desde esta calificación, aunque en extremo honrosa, hasta la de que hoy abusamos con frecuencia, prodigándola y llamando *genio* á quien entendemos ó imaginamos que la merece, hay una enorme distancia que nadie atraviesa con seguridad y sin extravío, aunque se sepa de memoria á Hugo Blair y Batteux, y aunque estudie después y vaya armado de todas las estéticas que recientemente se han escrito.

Calcular la elevación de un poeta por su mayo

ó menor sujeción á los preceptos, declararle por ello vencedor y concederle el triunfo, es como si de los tres príncipes hermanos en cierto cuento oriental, se hubiese concedido el premio y la mano y el corazón de la bella infanta al que disparó y envió su flecha más lejos. No la hubiera obtenido el que más la merecía. Las flechas de dos de ellos pudieron hallarse en el punto donde llegaron á caer, pero no se halló la del que tuvo más brío para disparar la suya, porque fué más allá de toda previsión razonable. Movida por atractivo más poderoso que el de la infanta, mostró y abrió al príncipe el camino de los mágicos jardines y del reluciente palacio donde el hada Parabanú, ó sea la emperatriz de los genios, la verdadera y más sublime musa, enamorada de él, le estaba aguardando.

Algo hay sin duda en el arte que va más allá, mucho más allá de las reglas, en lo cual reside y se funda el encanto misterioso que presta superior valer á la obra del artista ó del poeta.

¿Cómo acertaré yo á discurrir sobre este encanto misterioso y á demostrar, apoyándola con razones, mi firme creencia de que en el *Quijote* reside?

En mi sentir, es indisputable, no ya que hubiese un determinado personaje que se llamase Homero ni que fuese muy versado en literatura, hábil expositor y catedrático y fiel observador de sus leyes, como Herosilla supone, sino que la *Iliada*, ó di-

gase el principal poema que á Homero se atribuye, está por cima de toda comparación. Aparece, al despuntar la cultura europea, como fecunda y clara luz de su aurora. Sean los que sean los diversos elementos que venidos de Fenicia, de Frigia, de Egipto, del centro del Asia y hasta del remoto Oriente, concurren á formar esta cultura, todos ellos se fundieron en uno, y adquirieron al fundirse carácter original y propio, manifestándose en el rico y hermoso idioma de un pueblo predestinado y conteniendo en germen toda la fuerza creadora y predominante que hizo primero á Grecia, á Italia y á España luego, y á otras naciones europeas más tarde, maestras soberanas y civilizadoras del mundo.

Por intuición semidivina y no por raciocinio y dialéctica, como si fuese inspirado por un numen y no premeditado, hubo de formarse el armonioso conjunto de tradiciones extrañas é indígenas, de leyendas, símbolos y creencias de diversas tribus, de sentencias de antiquísimos sabios y de conceptos imaginarios de la oculta naturaleza de las cosas, visto todo al través de un velo mágico, que sin descubrir el íntimo ser, enriquecía lo aparente de seductora belleza. Más adivinada que estudiada y pensada, más impersonal que personal, como si fuese la creación de todo un pueblo y no de un solo hombre, surgió así la verdadera epopeya pri-

mitiva, conteniendo en germen las leyes y las artes y hasta los principios religiosos y morales que habían de ir desenvolviéndose y fructificando en el alma de las futuras generaciones.

Por esto hallo incomparable la *Iliada*. Es la epopeya más completa de Europa. A toda epopeya ulterior falta algo. Lo épico popular difuso no desaparece sin duda; pero la ciencia, la reflexión, las nociones adquiridas por especulación ó por experiencia, vienen á adelantarse al vaticinio, á la virtud adivinatoria que presta á la primitiva epopeya la trascendencia de un libro sagrado, donde lo que toda una casta de hombres piensa, siente, ve ó sueña de un modo confuso, adquiere luminosa forma por virtud de palabras que dicta la deidad á una predilecta criatura humana.

Las epopeyas modernas son más artificiosas que inspiradas. La reflexión y la crítica no van en pos del numen inspirador, sino que le preceden y le guían. El vaticinio, el espíritu profético, cede el primer lugar á la previsión razonada. El poder sobrehumano que interviene en la acción épica y la virtud reveladora del poeta que la canta, no nacen en el alma del poeta mismo ni en la de su pueblo, para difundirse y adoctrinar luego á muchos otros pueblos y castas, sino que nacen en gran parte de ciencia y de experiencia adquiridas y de extrañas revelaciones.

Lo épico persiste porque no hay facultad humana que desaparezca ni que mengüe, porque otras crezcan y se magnifiquen; pero lo que se sabe ó lo que se cree viene á limitarse por la contradicción y la duda, pierde no poco de la firmeza y autoridad que antes tenía, vacila y no se impone.

No es ya un dios, sino mera alegoría, bajo la cual se oculta la razón ó el natural discurso, la cual dicta los oráculos, pronostica los arcanos destinos y se atreve á enseñar los caminos de la vida.

Sólo un poema, aunque artificioso también y más debido á un singular poeta que al alma colectiva de un pueblo, ha aparecido, á mi ver, en el seno de una civilización muy adelantada, conteniendo en sí algo de la universalidad y de la enseñanza trascendente de la primitiva epopeya, lo cual, contando con el valer extraordinario del hombre que compuso el poema, se debe á un cúmulo de circunstancias dichosas, que difícilmente pueden aparecer y coincidir de nuevo. Para que apareciese y cantase Virgilio, fué menester que hubiese una gran ciudad que extendiese su dominio sobre muchas y diversas naciones y por mucha parte del mundo conocido entonces; que enseñase á hablar y que hablase una lengua majestuosa, elegante y rica; que imaginase haber creado un Imperio sin fin, Imperio que iba á dar la paz al mundo, y que se presintiese que iba á aparecer un reden-

tor y salvador, llegada ya ó próxima á llegar la plenitud de los tiempos y cumpliéndose así profecías y pronósticos de antiguos videntes y sabios.

La decadencia de Roma, la caída en Occidente de su grande imperio, la invasión de los pueblos del Norte, en la barbarie aún casi todos ellos, la corrupción del latín dando origen á nuevos idiomas, rudos é informes al principio, y la aparición de distintas y aun opuestas nacionalidades, tal vez convenían para el ulterior progreso del linaje humano, pero por lo pronto hicieron retroceder á la cultura, y si trajeron y acumularon nuevos elementos, que habían de valer en lo futuro para sublimarla, los trajeron y acumularon en gran confusión y desorden. Cuanto podía poner orden y verter luz en aquel caos obscuro, más bien que concebido en él, procedía de la pasada civilización, más eclipsada y aletargada que muerta. Lo más sano de la antigua filosofía, considerado acaso como preparación evangélica, el Cristianismo que, prescindiendo de su valer y de su fundamento sobrehumanos, era importado y no nacido entre los modernos pueblos de Europa, y la afirmación y el sistemático concierto de los dogmas religiosos y morales, dilucidados y discutidos por los Padres de la Iglesia y promulgados en los concilios, todo precedía, todo era exterior y anterior á la nueva era: todo era ciencia ya adquirida que tro-

caba la facultad creadora en reminiscencia, y los nuevos conceptos en comentarios ó explicaciones de los antiguos, y que propendía, no á la aparición original y sin antecedentes de una civilización más alta, sino al renacimiento de la civilización antigua, aunque depurada, amplia y completa.

No sé hasta qué punto pueda calificarse de epopeya el admirable libro de Dante Alighieri; pero no nace en él un saber nuevo, sino renace el saber antiguo, se extiende y se divulga merced á un idioma vernáculo ya formado, y propende y logra en parte hacerse popular saliendo del santuario y de las escuelas. Virgilio sirve á Dante de guía, y le preceden é iluminan su espíritu, no sólo las Sagradas Escrituras, sino Platón, Aristóteles y muchos otros sabios, griegos, judíos, musulimes y cristianos, hasta Averroes, que hizo el *Gran comento*, y Tomás de Aquino, que compuso la *Suma*.

El más frecuente y general asunto de la narración heroica, durante la edad media, sigue siendo las guerras, conquistas y hazañas de griegos y romanos, aunque sin duda en combinación con el vehemente anhelo, sentido por nuevas razas y sociedades de hombres, de renovar glorias y grandezas pasadas, prestando á los héroes que les dieron cima carácter y condiciones que los desfiguraban y los hacían muy otros de los que en su tiempo y sazón habían sido. La guerra de Troya y los altos

hechos de Alejandro de Macedonia constituyeron un ciclo épico. El poderío romano fué fundamento de otro ciclo, prolongado y ampliado hasta Carlo Magno, sucesor y heredero de los antiguos césares del Imperio de Roma.

Las ideas, tradiciones, fábulas, doctrinas religiosas y principios políticos y morales que los pueblos del Norte trajeron consigo al invadir y desbaratar el Imperio de Roma, formando Estados y naciones nuevas, carecieron de la briosa y suficiente originalidad para eclipsar la luz de la antigua poesía ó para transfigurarla al combinarse con ella, creando algo que la igualase, cuando no la superase. Bien pudo lo sobrenatural cristiano convertir en alegorías, en sombras vanas y sin consistencia, el Olimpo, el Parnaso, el Citerón y todos sus dioses, musas, ninfas y demás deidades inspiradoras; pero nada ó poco importó para esto el Walhala.

Cuanto trajeron más tarde los mahometanos conquistadores ó los europeos importaron de Asia en Europa, después del gran movimiento de las Cruzadas, nada logró fundirse con el persistente recuerdo de lo clásico y con el más elevado sentir y pensar cristiano y católico para crear en los siglos medios una poesía, universal y trascendente como la antigua, que mirase á lo porvenir, que tuviese finalidad y que abriese claros y dilatados horizontes en el camino del linaje humano. La ciencia, y

no la poesía, fué la iniciadora en la edad media. Durante siglos, el latín, muerto para el vulgo, y aunque viciado, persistente entre los eruditos y doctores, fué el medio más poderoso del progreso.

Acaso el elemento poético más original que hubo en Europa durante la edad media, con carácter general y no nacional ó regional sólo, se debe á una raza creyente y noble, aunque vencida y oprimida. Libres por algún tiempo los antiguos britanos é independientes del poder de Roma, hubieron de tener religión, cultura, leyes y príncipes propios. Una gentil y delicada flor de poesía hubo de nacer y ser cultivada entre ellos. Tribus germánicas, y principalmente los anglosajones, acabaron con la independencia de aquellos isleños celtas y los sometieron á su dominio ó los movieron á refugiarse en la Armórica, á la que dieron su nombre, llamándola Bretaña. La antigua poesía céltica, purificada en el infortunio por ideas y sentimientos cristianos, se conservó, y sin duda se transfiguró ocultamente, tal vez hasta el instante en que, conquistando los normandos á Inglaterra, resurgió triunfante al considerarse vengada de los antiguos conquistadores. Los druidas y los bardos volvieron entonces de la misteriosa Avaión convertidos en príncipes y reyes católicos, en andantes y enamorados caballeros y en muy discretas y hermosas damas y soberanas señoras, con brillante séquito

de hadas y de encantadores activos y fecundos en estupendas maravillas, aunque sin muy razonable objeto y sin propósito claro.

El ciclo de la Tabla Redonda se extendió pronto por Europa toda, compitió con las historias y fábulas, griegas, latinas y orientales, y vino á ser como la persistente tela donde los *trouvères* del Norte de Francia, los refinados trovadores de Provenza y los inspirados *minesinger* de Alemania, con Wolfgang de Eschembach al frente de ellos, bordaron vagas y primorosas leyendas, fundaron reinos que no están en el mapa y crearon palacios encantados é intrincadas selvas por donde atrevidos paladines iban en demanda del Santo Grial, ó á dar cima á fantásticas empresas y enmarañadas aventuras.

Por cierto que al asegurar Montesquieu, si él fué quien lo aseguró, que el *Quijote* es libro español que se burla de los demás libros españoles, mostró no estar muy enterado de todo lo dicho. Cuanto hay de sobrenatural y sofisticado, de soñado y nebuloso en nuestros libros de caballerías tiene origen extranjero; por moda fué importado en España, aunque recamado y adornado luego por la vigorosa imaginación y fácil estilo de nuestros escritores, entre quienes descuella, fuese quien fuese, el autor del *Amadís*, «libro único en su arte y el mejor de todos los que en este género se han compues-

to», como el mismo Miguel de Cervantes le preconiza.

No condenó Cervantes los buenos libros de caballerías. No sólo ensalza el *Amadís*, sino más ensalza aún, si cabe, á *Tirante el blanco* y á *Palmerín de Inglaterra*. Lo que Cervantes condena, lo que es blanco de sus burlas, es la exageración, el amaneramiento, las extravagancias viciosas: casi siempre lo exótico y nunca lo castizo.

Más dignos de elogio que de censura son en verdad el refinado sentir caballeresco, la admiración y devoción respetuosa, y la púdica, continente y platónica ternura con que paladines y trovadores sirven ó se supone que sirven á sus damas. Dante y Petrarca hicieron brotar de este sentir un limpio y abundante venero de pura poesía. Bien merece cualquiera de ellos que le celebremos llamándole:

El que al amor desnudo en Grecia y Roma
De un velo candidísimo adornando
Volvió al regazo de la Urania Venus.

Pero este mismo sentir se exageró y vició y acabó por amanerarse. Tal vez no fué *candidísimo velo*, sino pesada y tupida vestidura la que se puso al amor contrahecho, para encubrir sus fealdades con postizos y falsos adornos. Tal vez el menosprecio y poca estimación que á la generalidad de las mujeres se les concedía se quiso compensar con

la adoración sacrílega y mentirosa de alguna singular princesa, de alguna alta y soberana señora.

Corrompido el casto amor cristiano, vino á convertirse con frecuencia en bastardo culto de hiperdulía, el cual, merced á su vehemencia y á sus ímpetus, solía romper todo freno de moralidad y de leyes. Con razón declara, pues, el satírico maldiciente, hablando de las damas así adoradas y servidas, que no gustaba de ellas y que las que él quería que hubiese ó imaginaba que en lo antiguo hubo en su patria eran:

Todas matronas y ninguna dama;
Que este nombre de halago cortesano
No admitió lo severo de su fama.

Y aunque el alambicado amor de los trovadores y de los caballeros á sus damas no traspasase los límites de lo lícito, ni tomase trágicas proporciones, siempre solía ser propenso y harto ocasionado á degenerar en cómico y risible. Así lo comprendió Cervantes, y por eso imaginó y creó á Dulcinea.

Habían sobrevenido en el mundo extraordinarios cambios y novedades inauditas, por donde el humano linaje se abrió nuevos caminos y tomó nueva dirección en su marcha. La invención de la pólvora y la de la imprenta, el más claro conocimiento de la antigüedad clásica importado en el occidente de Europa por los sabios griegos fugiti-

tivos de Bizancio, y, sobre todo, el descubrimiento de la total grandeza y redondez de la tierra, de inmensos continentes é islas y de dilatadísimos mares, hizo imaginar á muchos que iba á terminar la edad de la fe y que la edad de la razón empezaba.

Por extraña contradicción del pensamiento humano, cuando en la realidad de los hechos y de las cosas se revelaba un fondo poético más alto y más amplio que todo lo previsto y soñado antes, ese mismo pensamiento humano, deslumbrado, absorto, ciego por el mismo resplandor de cuanto acababa de descubrir y aun no acertaba á comprender, se rebeló contra la poesía, se empeñó en ser demasiado razonable y se aficionó á la prosa más de lo justo. Apenas vió el haz de lo descubierto y no penetró en las profundidades misteriosas que bajo el haz de lo descubierto se ocultaban. El universo, que en nuestra vanidad presuntuosa juzgábamos ya conocido por experiencia, nos pareció más pequeño y menos hermoso que el que imaginábamos ó soñábamos antes en nuestra infantil ignorancia. Las hadas, los encantadores, las ninfas y los genios, todo, por tiránico decreto de la Ciencia, fué expulsado del mundo real. La epopeya, la poesía narrativa como arte, llegó al mismo tiempo á su mayor perfección en la forma, merced á la superior cultura y elegancia que los nuevos idiomas habían alcanzado. De aquí el primoroso floreci-

miento de la poesía artificial narrativa y la decadencia ó más bien la casi imposibilidad de la verdadera epopeya espontánea, sentida y creída hasta en sus recursos y poderes sobrenaturales.

En Italia se trocó en juguete ameno y gracioso toda la *romancería*, con Angélica, Orlando, y Medoro, con el Glorioso Imperante y sus valientes paladines. Todo ello fué menos serio que de chanzas ó de burlas; todo para pasatiempo y no para más altos fines. Los entes sobrehumanos de las antiguas mitologías tuvieron que desvanecerse como ensueños ó como criaturas sin substancia, y sólo persistieron como figuras retóricas, abstracciones, alegoría y símbolos sin vida. Así la *Reina de las hadas*, de Spencer, con todos los seres amigos y enemigos que la circundan, no vienen á ser, á pesar del ingenio poderoso del poeta, sino disfrazadas personificaciones del catolicismo y del protestantismo y de otras ideas, opiniones y conceptos políticos ó religiosos. Se derrochó el saber, el ingenio, el atildamiento y la habilidad primorosa, pero no pudo aparecer ni apareció la epopeya. Solo consiguió suplantarla la historia descarnada y seca, sin milagro de veras creído, sino de algo que naturalmente sucede y que tal vez gustaría ó interesaría más contado en prosa que con el trabajoso artificio de las octavas reales. Y, sin embargo, apenas se concebía entonces nada mejor en lo épico. Bien lo confirma